



Año Diocesano de la Liturgia y la Piedad Popular

Liturgia eucarística (2)

Epiclisis

Antes de la consagración tiene lugar la Epiclisis, o invocación del Espíritu Santo. Cristo actúa por la fuerza de su Espíritu, y es esta fuerza la que hace eficaces las palabras de la consagración, que inmediatamente siguen.



Consagración

La Consagración es el momento más importante de la misa. Es cuando Dios, por las manos del sacerdote, realiza el milagro de convertir el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Esto ocurre cuando el sacerdote pronuncia sobre el pan y el vino las palabras que pronunció Cristo en la Última Cena: «Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo... Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre...». Es el momento en que Cristo vuelve a decir «sí» a su Padre y le ofrece el perfecto sacrificio de gratitud en obediencia y en amor. Es el momento en que yo también debo unir mi «sí» al «sí» de Cristo. (Sí a mi vocación cristiana concreta, sí a mis deberes de estado, sí a mi apostolado, sí a las pruebas y sufrimientos de la vida...).



Elevación

El momento de la elevación es un reclamo de las miradas y los corazones hacia Cristo, real y sustancialmente presente bajo el velo de las apariencias del pan y del vino. No resulta oportuno cerrar los ojos o esconder la cara entre las manos, como a veces se hace. Es bueno rezar internamente alguna jaculatoria, como aquella de Santo Tomás Apóstol: «¡Señor mío y Dios mío!», o la de aquel personaje del Evangelio que no se sentía con fe suficiente: «¡Señor, aumenta mi fe!». Porque de esto se trata: en un clima de adoración y



agradecimiento, actuar nuestra fe, esperanza y caridad en relación con el misterio que se está realizando, haciendo nuestros los sentimientos de Cristo que se inmola por la salvación de los hombres.

Proclamación de fe

Después de la elevación el sacerdote proclama: «Este es el sacramento de nuestra fe», y todos responden: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús». Hay otras modalidades de proclamación y respuesta para este momento, pero todas concuerdan en expresar que el misterio eucarístico es el centro de la vida de la Iglesia, objeto de su fe, fundamento de su esperanza y fuente de su caridad. Los fieles, por su parte, expresan su esperanza en el triunfo pleno de Cristo, del cual es prenda su triunfo histórico, que ahora se actualiza. «¡Ven, Señor Jesús!» es la exclamación conclusiva de la Sagrada Biblia y es el grito de la Iglesia que espera ardientemente la llegada definitiva del Reino de Cristo su Esposo.



Plegaria Universal

Las oraciones que siguen renuevan el sentido de gratitud y en la Plegaria Universal de la Iglesia, humildemente se piden los frutos que Cristo nos ha obtenido con su sacrificio: frutos de unidad, de amor, de concordia, primero, entre todos los reunidos en la celebración, luego en la Iglesia, y finalmente en el mundo. El cristiano que se siente y se sabe apóstol, pide aquí con intensidad por la Iglesia. Pide en especial por el Papa, su Jefe Supremo, consciente de las dificultades, contradicciones y críticas que tantas veces se abaten sobre él, y de la importancia que tiene como roca firme sobre la cual se asienta la unidad en la fe y la caridad. Pide por el obispo de su diócesis, que también es representante de Cristo en su ámbito local. Pide, en fin,



por todos los que tienen una responsabilidad en la Iglesia. Es el momento de pedir también por todos los miembros de los núcleos de vida cristiana y sus dirigentes, por todos los cristianos y por todos los hombres, para que busquen a Dios con sincero corazón, aun sin conocerlo explícitamente.

Recuerdo de los difuntos

Sigue el Recuerdo de los difuntos. Aquí ponemos ante Dios a nuestros seres queridos ya fallecidos y a todos los difuntos. Conviene recordar también a los que en ese momento estén muriendo. Termina el sacerdote pidiendo, por la intercesión de la Santísima Virgen y de todos los santos, que nosotros también alcancemos la patria eterna.



Aclamación Conclusiva

Termina la Plegaria Eucarística con la gran Aclamación Conclusiva, que es como un resumen de la vida del cristiano, porque expresa el culto perfecto que gracias al sacrificio de Cristo podemos dar al Padre en el Espíritu. Sólo por medio de Cristo se puede dar al Padre el honor y la gloria que se le debe: «Con Cristo, por Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos». Dado que este culto al Padre es acción propia de Cristo, estas palabras las pronuncia sólo el sacerdote, que actúa representándole. El pueblo se asocia a este culto a través de su «Amén», con el cual manifiesta su consentimiento al sacrificio de Cristo. Es una actitud semejante a la de María, que al pie de la Cruz participó al sacrificio de su Hijo renovando el «Hágase» que pronunció el día de la Anunciación. Este consentimiento implica participación, como María participó en el sufrimiento de Cristo con el sufrimiento de su corazón materno desgarrado. El Espíritu Santo nos incorpora a Cristo para participar de su sacrificio, por lo tanto no podemos dejar que Cristo se ofrezca sólo, asociémonos a su sacrificio cumpliendo en nosotros mismos lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia.

